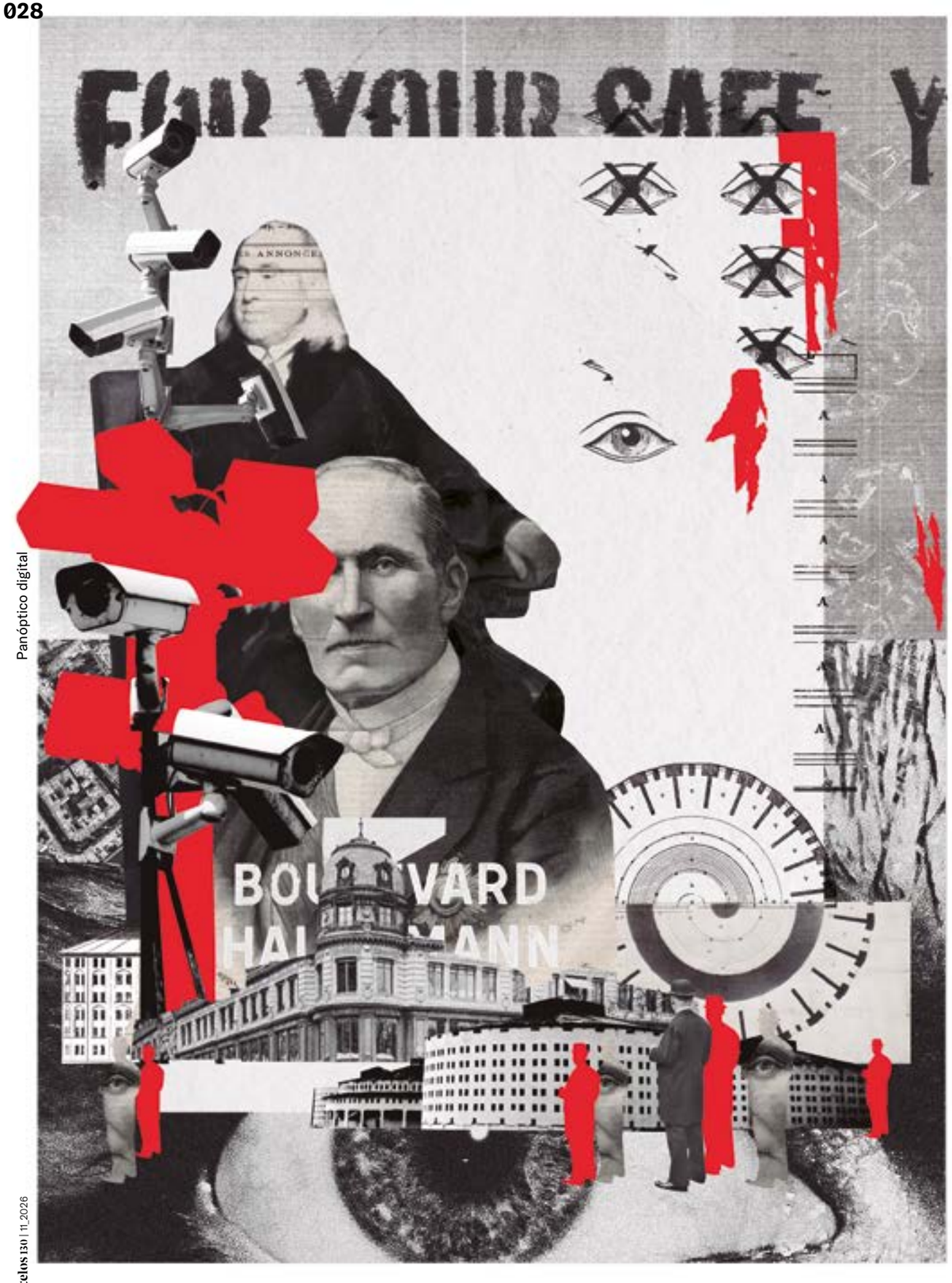


Jeremy Bentham

está muerto,

EL CREADOR DEL PANÓPTICO NO VIO SU IDEA CONVERTIDA EN REALIDAD

PERO TODOS VIVIMOS DENTRO DE ÉL

La cárcel “perfecta” que ideó el pensador inglés, donde no hace falta vigilar activamente, funcionó y fracasó a la vez: en el Presidio Modelo de Isla de Pinos, en Cuba, hubo motines, huelgas de hambre. Hoy, la cárcel digital funciona a través de mil objetos amables y no nos resistimos: queremos la cámara. La pedimos.

TEXTO:
PEDRO TORRIJOS
ILUSTRACIÓN:
SR. GARCÍA

Panóptico digital

telos 130 | 11_2026

Jeremy Bentham está muerto y, sin embargo, va a trabajar todos los días. Yo lo vi, en el University College de Londres, vestido, sentado, con un bastón y un sombrero de paja, dentro de una vitrina, tal y como él lo pidió. Porque lo pidió. Antes de morir quiso que conservaran su cuerpo y que lo exhibieran. Lo llamó su Auto-Icono, con mayúsculas.

La cabeza salió mal —el proceso de conservación la dejó con una cara de pesadilla momificada que ya no se puede enseñar sin que alguien llame a alguien—, así que le pusieron una de cera, aunque no se nota mucho. El resultado es que ahí tienes, dentro de un frasco gigante, al fundador del utilitarismo, un hombre que quiso calcular la felicidad midiendo planos de arquitectura, pero que pasó a la historia como el inventor del panóptico. Lo cual es delicioso: el teórico de la vigilancia total vigilado, convertido desde hace dos siglos en objeto de fotografía, mirado cada día por estudiantes y turistas y los bedeles que limpian la universidad.

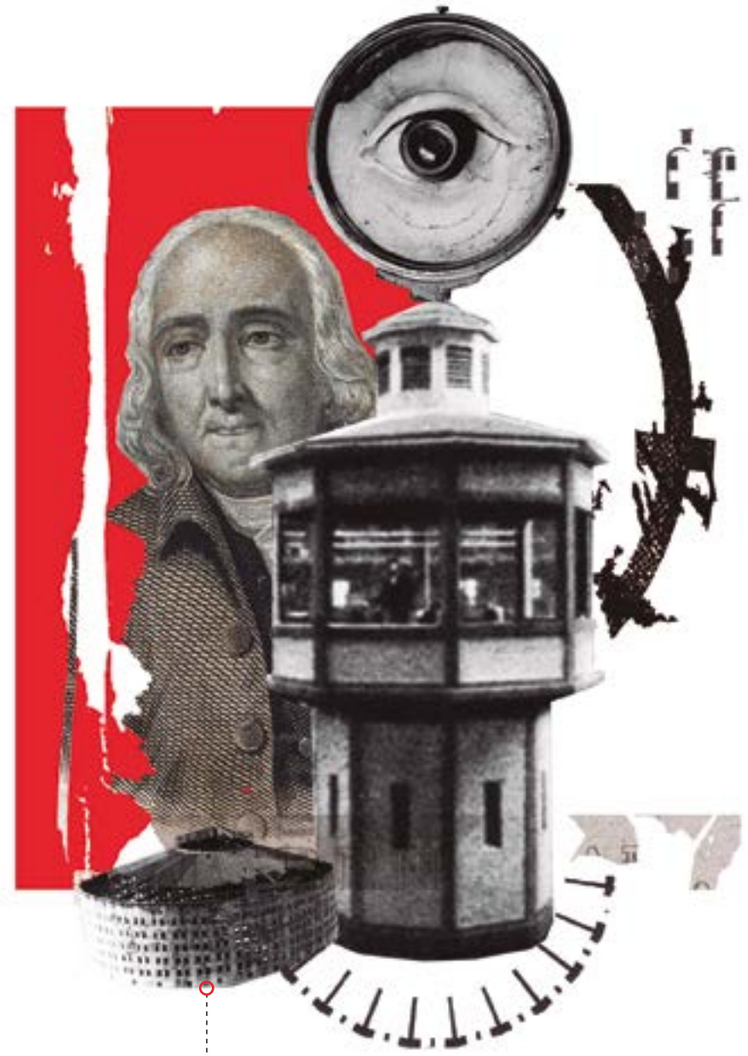
Diseñó un edificio donde pocos ven a muchos y, al final, muchos le ven a él. E insisto, nadie le condenó a la vitrina. Fue él quien eligió entrar en ella.

PUEDEN ESTAR MIRÁNDOLE

El panóptico se suele contar como una amenaza, como la pesadilla de un tipo siniestro que quería controlarnos a todos, pero la realidad es que Bentham, pobre, era esencialmente un reformador con demasiada fe en las plantas de un edificio. Pensaba que si construías bien la *caja*, la bondad salía sola, algo teóricamente estupendo cuando lo que construyes es una cárcel.

El truco del panóptico era que, desde la torre central, un solo guardia podía ver todas las celdas sin que los presos supieran si en ese momento los estaban mirando. Pero como en todos los trucos, había otro truco mayor detrás: que no hacía falta mirar siempre. Bastaba con que *pudieran estar mirándote*, la duda hacía el resto del trabajo, tú te portabas bien por si acaso y al final el guardia sobraba porque ya llevabas la torre dentro. Pocos ven a muchos hasta que nadie ve a nadie, pero todos se comportan como si.

“Bentham era un reformador con demasiada fe: pensaba que si se construía bien el edificio (¡una cárcel!), la bondad saldría sola”



Aquí voy a parar un segundo, porque acabo de escribir “como si” y el asunto es precisamente que ya no hay ningún “como si”. Sigo.

ENCARCELAMIENTO Y VIGILANCIA

Bentham se murió sin ver su panóptico en pie. Su proyecto concreto, una cárcel para Londres, se pudrió durante 20 años en despachos ingleses que le dieron largas y luego le pagaron una indemnización para que se callara. Un fracaso, si lo miras en la vida de un hombre, pero las ideas no caben en la vida de un hombre, y esta era demasiado buena —“buena”— para morirse con él.

Los planos le sobrevivieron y, casi un siglo después, y a miles de kilómetros de Londres, se levantó el Presidio Modelo de la Isla de Pinos, en Cuba. Cinco bloques circulares con las celdas trepando en anillos alrededor de una torre central, 5 000 presos que un puñado de guardias podían vigilar sin moverse. Se construyó para ser el modelo definitivo de la eficiencia carcelaria, y lo fue. Y, por eso mismo, fue un horror.

Hacinamiento, motines, huelgas de hambre. Allí se encerró a los disidentes de un dictador y luego a los del siguiente —entre ellos, un joven abogado llamado Fidel Castro— y luego a los del siguiente —el propio Castro—. De algún modo, el invento de Bentham funcionó y fracasó a la vez, porque la vigilancia total no fabrica presos dóciles, fabrica un sitio que tarde o temprano arde. ▶

Presidio Modelo de la Isla de Pinos

CUBA

5 **bloques circulares** con las celdas trepando en anillos alrededor de una torre central.

5 000 **presos** que un puñado de guardias podían vigilar sin moverse.

Se construyó para ser el modelo definitivo de la eficiencia carcelaria, y lo fue. Y, por eso mismo, fue un horror.

“La reforma del barón Haussmann del París del siglo XIX hizo la ciudad más vigilable: los callejones se convierten en anchos bulevares que convergen en plazas, que funcionan como panópticos urbanos”



Los nuevos bulevares parisinos trajeron a los ciudadanos alcantarillas, agua limpia, luz, aire, árboles. La reforma de Haussmann no eligió entre cuidar y controlar. Hizo las dos cosas con la misma piqueta.

Hoy, el Presidio Modelo funciona como centro histórico y museo, pero en realidad no hay que irse al otro lado del Atlántico para visitar los espacios del control, basta con ir a París. Porque antes que el edificio estaba la ciudad; y antes de Jeremy Bentham, alguien entendió su idea sin necesidad de convertirla en cárcel.

VIGILANCIA Y REVOLUCIÓN

París, mediados del XIX, el barón Haussmann, prefecto con bigote y un ejército de piquetas a su mando, coge el París medieval —que era un amasijo de callejones donde la gente vivía, moría, conspiraba y levantaba barricadas cada vez que le tocaban las narices— y lo abre en canal. Bulevares rectos, anchos, larguísimos que, además, solían confluir en una plaza.

Esto no te lo cuentan en el folleto turístico que lees mientras te tomas un café carísimo en una de esas avenidas preciosas, pero los bulevares son anchos porque un callejón estrecho se corta con cuatro muebles y un colchón, y una avenida de 60 metros no. Son rectos porque una tropa necesita ver el final de la calle para cargar, y un cañón necesita línea de tiro. Y confluyen en plazas y rotondas para que, desde un único punto, se puedan vigilar kilómetros cuadrados de ciudad.

La Ciudad de la Luz es, en su planta misma, un campo de tiro con terrazas. Y el famosísimo Plan Haussmann, que sirvió como modelo de belleza para otras tantas ciudades, se llevó a cabo esencialmente para que la Revolución de 1848 no pudiera repetirse.

CIUDAD MEJORADA

Pero, y este *pero* lo es todo, París es, efectivamente, una ciudad bellísima y luminosa. Y no solo eso. También es una ciudad *mejor*. Y lo es gracias a esos mismos bulevares. Porque los bulevares y las avenidas trajeron el alcantarillado que acabó con el cólera, trajeron el agua limpia, la luz, el aire, los árboles, el fin de las epidemias que se cebaban justo en aquellos callejones tan pintorescos y tan mortales.

Haussmann no eligió entre cuidar a los parisinos y controlarlos: hizo las dos cosas con la misma piqueta. Y no se pueden separar, porque son el mismo gesto. La calle por la que la caballería podía cargar contra ti es la calle por la que ya no te morías de cólera a los 30 años, y la luz que te expone es la luz que te deja volver a casa de noche.

“El panóptico sigue aquí. Desde una farola con cámara, un cajero automático o el torno del metro nos vigilan, pero no parece vigilancia”

La solución no es limpia, aunque nos guste elogiar el callejón perdido y pintoresco, oculto a la autoridad, comunitario y feliz. Porque en ese callejón sin vigilar también te rajaban, y la sombra donde nadie te veía era la sombra donde a nadie le constaba que te estaban matando. Y no hay forma de quedarse solo con la mitad buena, porque es el mismo metro de calle. Ese es el trato. Siempre ha sido ese el trato.

VIGILANCIA Y VIDA COTIDIANA

Lo que cambia ahora, hoy, en la calle y en la plaza, es que el prefecto desapareció. A Haussmann se le podía odiar. Tenía nombre, bigote, despacho, presupuesto. Le hicieron caricaturas feroces, lo acabaron destituyendo, hubo expropiados que lo maldijeron con apellido y todo, pero la plaza que se cruza ahora no tiene prefecto.

Tiene una farola de diseño bonito que cuenta cuánta gente pasa. Tiene un sensor de ruido que es en realidad un micrófono, al que llaman sensor de ruido porque queda mejor. Tiene una cámara elegante integrada en un mobiliario urbano tan cuidado que ya no parece vigilancia, parece la Concejalía de Cultura.

En cada cajero automático y en cada puerta de garaje y en cada torno del metro y en cada transacción hecha con una tarjeta *contactless* hay un artefacto que registra dónde estábamos exactamente ese día a esa hora. Cada cuenta de Instagram nos mira cuando creemos que somos nosotros quienes la está mirando.

El panóptico sigue aquí, repartido en mil objetos amables y ninguno de ellos lleva bigote, y por eso no hay a quién odiar, y por eso no nos resistimos: porque no encontramos contra qué. Y, sobre todo, porque al final nos hemos convertido en Jeremy Bentham: queremos la cámara. La pedimos.

UN BUEN TRATO, NO NEGOCIADO

Pedimos la cámara en el *parking* porque volver sola al coche a las 11 de la noche —y he escrito “sola”, en femenino— da miedo, y con razón. Ponemos el timbre que graba la puerta porque queremos ver quién llama cuando no estamos.

Quiero —queremos— que la ambulancia pueda localizar el móvil de mi madre cuando se caiga y no pueda hablar. Y, para eso, el móvil de mi madre tiene que estar diciendo dónde está a todas horas, también durante las 11 000 horas en las que mi madre no se cae.

Ya dije que no podíamos quedarnos solo con la mitad buena, porque las dos mitades son inseparables. Porque seguramente el trato es bueno, el problema es que nunca lo negociamos entero, ninguna asamblea votó la ciudad que nos vigila, se fue haciendo a nuestras espaldas y, a la vez, con nuestra firma.

Cuando quisimos verlo completo, ya vivíamos dentro.